

FLASH

Animación Pastoral Juvenil Salesiana

Número 6. Julio 2024



Donde Dios nos quiere

Acompañar los primeros
sueños vocacionales

P. Miguel Ángel García Morcuende

Consejero General Pastoral Juvenil

SECTOR PASTORAL JUVENIL
Salesiani di don Bosco SEDE CENTRALE SALESIANA



Donde Dios nos quiere

Acompañar los primeros sueños vocacionales

P. Don Miguel Ángel García Morcuende

Consejero General Pastoral Juvenil

1 Una llamada vocacional en forma de sueño

[a] Ningún sueño es trivial. Los sueños son importantes y siempre han caracterizado una parte de la vida humana. En la antigüedad se creía que los sueños permitían la comunicación con lo sobrenatural. La ciencia actual dice que manifiestan las profundidades de la personalidad. No hay mucha distancia entre ambas ideas: efectivamente, Dios actúa en las profundidades del ser humano. Los israelitas creían que los sueños revelaban mensajes, profecías y visiones divinas; quienes eran capaces de interpretarlos gozaban de gran prestigio.

Hoy también hablamos de ensoñaciones, esos sueños que acariciamos sin necesariamente dormir y que podrían caracterizar nuestro futuro. Pero ¿nos hemos preguntado alguna vez qué significa soñar? **¿No es verdad que todos hemos soñado con los ojos abiertos, removiendo así nuestros corazones y nuestro futuro?**

La evocación del sueño de los nueve años la hace Don Bosco en las *Memorias del Oratorio*, uno de sus escritos más personales. El manuscrito de esta obra fue redactado en el período comprendido entre 1873-1875 y completado en los años 1877-1879. Es, entre otras cosas, una inspiración para entender *esa primera llamada sobrenatural que siente un joven*. En palabras suyas:

“Cuando en el año 1858 fui a Roma para tratar con el Papa sobre la Congregación Salesiana, él me hizo exponerle con detalle todas las cosas que tuvieran alguna apariencia sobrenatural. Entonces conté por primera vez el sueño que tuve a los nueve años. El Papa me mandó que lo escribiera literal y detalladamente, y lo dejara para alentar a los hijos de la Congregación”.

Por fortuna, asomarse a la experiencia del nacimiento de la vocación de Don Bosco puede adentrarnos a comprender mejor esa llamada que “queda profundamente grabada en la mente para toda la vida”. ¿Cuántas viven-

cias, en forma de sueño o en la realidad han quedado profundamente inscritas en nuestra biografía?

El relato de Don Bosco adopta la forma de una enseñanza pedagógica. Dicho de otro modo, si fotografiamos este momento, *el sueño contiene en su núcleo, potencial suficiente para entender un poco mejor el camino para acompañar a los jóvenes en su camino vocacional.*

[b] Lo primero que salta a la vista es que los sueños son un “género literario” que permiten transformar algo ordinario, hubiese acontecido así o no, en otra cosa completamente extraordinaria, a los ojos y los oídos de los que lo escuchan. En el relato autobiográfico de la llamada vocacional de Don Bosco aparecen *expresiones sencillas de un muchacho que quiere estudiar, hacerse sacerdote, está deseoso de estar con sus amigos para ayudarles, hacerles bien y enseñarles el catecismo.* El episodio le señala: el campo de trabajo (animales salvajes, simbolizando jóvenes abandonados y en peligro), el método educativo (no con golpes, sino con mansedumbre y caridad), las cualidades del educador (humilde, fuerte y robusto), la Maestra y su ayuda (la Virgen, su madre) y los frutos (mansos cordeles felices).

Muchos jóvenes ignoran que, para cada uno, Dios tiene un sueño, un proyecto hecho a medida. **Detrás del sueño de Dios siempre hay una enorme dicha.** El secreto de la tan deseada felicidad es precisamente el encuentro y la adecuación de dos sueños: el nuestro y el de Dios.

De ahí el significado del sueño en el mundo de los jóvenes: en él se encierra su felicidad. Por eso es importante acompañar esas primeras llamadas que abren paso al proyecto de vida y su realización. La conclusión es clara: dejar de soñar conduce a un déficit vocacional.

2 La vocación es un juego de gracia y libertad

Somos y vivimos con las decisiones y los cambios

[a] Hay muchas formas de vivir la existencia, pero solo algunas engrandecen a la persona y dejan la sensación de plenitud. Tienen que ver con aquellas decisiones/cambios que realizamos y que orientan nuestra vida y nuestras acciones. **No son nuestras cualidades las que nos definen sino nuestras elecciones.**

Puesto que «el tiempo es superior al espacio» (*Evangelii gaudium*, 222), debemos iniciar y acompañar procesos en la animación vocacional, no imponer caminos. Y éstos son procesos de personas siempre únicas y libres. En esta aventura de descubrimiento de la propia vocación no se necesitan emociones fuertes, *sí certezas humildes que ayuden a tomar decisiones sensatas y coherentes.* La relevancia de este dato se ve reforzada por el hecho de que al decidir (muchas veces son pequeñas decisiones) optamos y crecemos porque orientamos nuestra vida, la damos un sentido.

El fruto del acompañamiento no es decidir entre un “sí” o un “no”. Al final, las respuestas personales, deberían ir encaminadas a un “sí” a algo. Buscar la voluntad de Dios sobre mí con autenticidad me tiene que llevar a asumir un sí, una respuesta positiva a un proyecto de vida.

[b] “Sentir una vocación” hacia algo y optar por ello **es percibirse invitado por una realidad valiosa que da sentido a la propia vida.** Sin duda alguna, en la vida, elegir, soñar, decidir, son cosas que implican asumir la responsabilidad de las consecuencias de esa elección. Todo ello produce *ansiedad, inquietud e, incluso, miedo* sobre todo cuando están en juego cuestiones fundamentales: ¿qué universidad elegir? ¿Qué mundo laboral explorar? ¿Qué estado de vida asumir?

Entre las expresiones que más se repiten en los textos bíblicos está, sin duda, el «no temas» (unas 41 veces en el Antiguo Testamento y 27 en el Nuevo Testamento). Pronunciada predominantemente por Dios o uno de sus mensajeros, introduce, en la mayoría de los casos, una llamada de vocación. Es decir, *la invitación a la realización de un proyecto de vida que implica totalmente a la persona que la recibe*. Lo interesante es que, a menudo, ese sentimiento de desconcierto invade al destinatario del mensaje.

El miedo a veces se convierte en resistencia a asumir los propios sueños por temor al fracaso, a no estar a la altura, al juicio de los demás, a traicionar las expectativas que han depositado en nosotros. En otros términos, es el vértigo de conciliar los deseos de futuro y la incertidumbre del presente.

Jeremías suplica: «¡Ah, Señor! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho» (Jer 1,6); Isaías reacciona del mismo modo: «¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yahveh Sebaot han visto mis ojos!» (Is 6,5), y muchos otros. Todos ellos miden la enorme desproporción que existe entre lo que Dios pide y la realidad en la que la persona se encuentra, y esto la hace temblar.

Jesús nos invita repetidamente a no tener miedo, a no dejarnos paralizar por el vértigo de las decisiones, porque a los ojos de Dios valemos mucho y como Padre se preocupa, se ocupa y nos cuida.

[c] Dicho de otra manera, la grandeza del proyecto de Dios para los jóvenes les hace sentirse inadecuados y nunca preparados para afrontarlo. «Yo tenía sólo nueve años - escribe don Bosco - ¿Quién me estaba pidiendo a hacer algo imposible?» El santo turinés fue entendiendo poco a poco aquel el sueño de 1825. Sería sólo en el 1846 cuando Don Cafas-

so le aconsejaría darle crédito a sus sueños como parte de un plan divino en beneficio de las almas. Como en este caso, también nosotros deberíamos acompañar a los jóvenes para que no duden de **la eficacia de la promesa del Señor que les permite «apuntar alto»**.

La fuerza de la juventud es ésta: poseer la capacidad de soñar tan grande que se puede resistir incluso a las decepciones más fuertes. Es la fuerza de una edad que está hecha para soñar las grandes cosas que cada uno ha venido a emprender en este mundo, haciendo caso omiso de lo que otros dirán, o del miedo a correr riesgos, o de la tentación de ceder el paso a los demás.

¿Cuántas veces, como al final de la narración del sueño de los 9 años de Don Bosco, nos han transmitido diversas interpretaciones hacia lo que soñamos? En el caso de Don Bosco, su familia leyó su sueño de modo diferente, desde el derrotismo (el hermano José), desde el escepticismo de la abuela (quién sabe si era el deseo de un niño, un pequeño arrebatado de generosidad) o, finalmente, de la ilusión (la madre, “tal vez llegues a ser sacerdote”).

Como Mamá Margarita, el papa Francisco expresa que «los jóvenes no están hechos para desanimarse, sino para soñar grandes cosas, buscar vastos horizontes, apuntar más alto, enfrentarse al mundo, aceptar desafíos y ofrecer lo mejor de sí mismos a la construcción de algo mejor» (*Christus Vivit*, 15).

En el sueño de Dios cabemos todos

[a] **Dios nos llama por nuestro nombre porque nos ama.** Los discípulos son llamados uno a uno por su nombre, signo distintivo de su singularidad. En esta llamada se experimenta una relación fuerte e íntima con El, se sienten amados; y es precisamente en función de este amor nacido de una relación tan especial, que los discípulos toman la decisión de

seguir a Jesús. Lo hacen con radicalidad, en una implicación personal total, sin segundas intenciones, dando un vuelco a sus vidas. Esta irreversibilidad de la respuesta a la llamada de Jesús inicia el proyecto de Dios y la misión en la que cada uno está llamado a participar.

Cada joven, además, es valioso no solo porque Dios lo ama, sino también porque Él lo creó: *hay un plan para cada uno*. La vocación es entendida, en una lectura de fe, como el proceso de elección personal que desemboca en una opción. En el caso de San Juan Bosco, el sueño de los 9 años lo persiguió toda la vida, lo motivó, lo obligó a pensar y a actuar. Desde la fe, dicho proceso es un acto de fe en que “elegir” es “ser elegido” por Dios, asociado con otros y cobijado en la fidelidad de quien con su gracia se anticipó a nuestra respuesta.

Todas las opciones de vida sean del tipo que sean y en la edad que se tomen son una respuesta a **una vocación, un regalo inmerecido**, no una fatiga más. Obedece a la felicidad. La vocación es una elección (de Dios) para nuestra felicidad, una respuesta nuestra para sentirnos amados. Y el amor es oxígeno, da vida, genera y regenera vida. Duplica la vida: es posible para todos vivir una vida mejor.

Sí. La vida de cada uno tiene un sentido maravilloso, pero también es necesario decir que la vida que Dios ha soñado para nosotros no corresponde a una vida de prestigio o de gran relieve social. Sólo un soñador como Don Bosco podía inspirar a otros a dejarlo todo para dedicar sus vidas, sin reconocimiento ni gloria, al servicio de los jóvenes más pobres.

[b] Por ello, no pocas veces necesitamos recargar fuerzas y coraje. Éstos salen de la **perseverancia en los momentos difíciles de la realización de nuestros sueños**: el dolor es el cincel que saca la obra de arte de la made-

ra. Los diamantes se forman en las entrañas de la tierra, sometidos a presiones y temperaturas inimaginables. Esto significa que no tenemos que desechar nada de nuestras experiencias, porque hay una gracia en todo, incluso, en lo que no hemos comprendido y, en consecuencia, aún no hemos aprovechado.

Los sueños de Dios no se hacen realidad automáticamente como por “arte de magia”. El verdadero secreto para hacer realidad los sueños es el deseo apasionado. Realmente alcanzamos nuestros objetivos, no cuando evitamos las dificultades, sino cuando *aprendemos a afrontarlas sin atajos*. Confianza, paciencia, medida, lucha, capacidad de cambio... todos estos son ingredientes para poder colaborar en la realización del gran sueño que Dios tiene para cada uno de nosotros. En definitiva: sería, desde luego, ceguera no entender que *la vocación no la puede descubrir nadie desde fuera*.

La dinámica del encuentro con el Señor es precisamente ésta: buscar, seguir, habitar. Éstas son también las actitudes esenciales para conocer y vivir el amor. El amor se busca con el deseo, hay que seguirlo por caminos, a veces, fatigosos y llenos de contradicciones, pero si se le sigue, al final se le llega a conocer y en él se permanece, se habita.

3 Servir al joven en el lugar donde se deja encontrar por Dios

La Congregación Salesiana es una familia eclesial joven, en edad vocacional. Sería cometer un grave error silenciar o devaluar la propuesta vocacional; ¡creemos que Dios sigue llamando! La vocación es un asunto de toda persona y de todo cristiano. Un término de una sola raíz y amplios horizontes. La vocación da orientación a la vida, facilita vivir la alteridad, no tiene un sentido restrictivo, refi-

riéndola sólo a aquellos que siguen al Señor en el camino de una consagración. La pregunta es: ¿Cuál es mi aportación en el mundo?

Nuestro carisma salesiano encierra en sus entrañas la potencialidad suficiente como para generar una propuesta vocacional amplia a las nuevas generaciones. Esto es un don y un desafío al mismo tiempo. Evidentemente, implica que la *calidad del acompañamiento* y, como la otra cara de la moneda, *el discernimiento vocacional*, sean asumidos con atención: el acompañamiento vocacional debe ser realmente una orientación para que la persona descubra y se dé cuenta de la autenticidad de la llamada.

En la animación vocacional y el servicio del acompañamiento no se excluye a nadie. Todo bautizado ha sido convocado por el Señor a donar su vida de distintas maneras. Pero, **en lo que respecta a la opción por la vocación consagrada se requieren buenas dosis de discernimiento y madurez en las motivaciones.** Es un proyecto de vida que no tiene como meta solamente un bienestar temporal, ni la satisfacción de hacer algo útil, ni siquiera el deseo de tener la conciencia tranquila. Se acompaña a creyentes dedicados totalmente al servicio del Evangelio, que reciben una llamada del Señor, abiertos a “tiempo completo” a la misión de la Iglesia, la que recibió de Cristo.

Por este motivo, los sueños vocacionales llevan consigo una promesa y una misión, pero necesitan también un camino de interpretación, de purificación, de clarificación.

¿Por dónde empezar? ¿Qué criterios para acompañar a un joven que siente una llamada vocacional? ¿Cuál es el itinerario del viaje? Es tarea de pilotos ubicar las coordenadas sobre las que se vuela y hacia las cuales se debe dirigir la nave. El terreno que sobrevolamos del acompañamiento inicial vocacional es ya cono-

cido, pero requiere ser repensado en el tiempo y el espacio de hoy.

Encuadremos esta pedagogía vocacional desde tres coordenadas que podrían dibujarse, como un plano cartesiano, para interpretar hacia dónde nos debemos mover. Podemos decir que el acompañamiento de los llamados se comprende como un itinerario que pivota en torno a un CONTEXTO (**la correspondencia a la gracia**), un ACOMPAÑANTE (**la escucha de Dios que llama de forma mediada**) y una ACCIÓN (**el discernimiento**). Todo sueño vocacional se teje y se construye poco a poco en torno a estas tres.

Una relación centrada en un contexto: el propio proceso vocacional

[a] Es poco frecuente que alguien tenga una vida espiritual bien estructurada al comienzo de su camino vocacional. *Normalmente el joven tiene diferentes motivaciones válidas:* el servicio a los demás, especialmente los más pobres; el compromiso con los jóvenes; el gusto por la liturgia; el ejemplo a imitar de un sacerdote o una comunidad; algunas experiencias significativas que ponen en movimiento todas las fuerzas interiores (un retiro espiritual, una celebración gozosa, un encuentro juvenil, etc.) Esta mezcla de motivaciones es lo normal al principio ... pero **debe acontecer con un mínimo de experiencia de fe**, una atracción espiritual básica, una “inclinación del corazón” (Christus Vivit, 294) presentada aunque no pueda ser definida ni explicada totalmente.

La pregunta central que hay que hacerse es: entre estas variadas motivaciones, ¿hay alguna señal que tenga que ver con Dios? ¿Se encuentra alguna experiencia, inquietud espiritual interior, deseo o intuición de Dios? **¿En la expresión de las motivaciones, la vida teológica aparece con sencillez o es algo ficticio?**

En palabras de Don Bosco: «Cada uno puede elegir lo que está más cerca de su corazón, lo que mejor se adapta a sus fuerzas físicas y morales, siguiendo el consejo de personas piadosas, cultas y prudentes». Sin embargo, «todos deben partir de un mismo punto y tender al mismo centro que es Dios» (G. Bosco, Lettera 17 giugno 1879, in Epistolario III, p. 476).

Este núcleo ya presente en la personalidad de un joven puede ser cultivado, purificado y liberado, pero no puede ser «descubierto» más tarde.

[b] El acompañamiento de los primeros sueños es una relación centrada en «el proceso histórico vocacional» que recorre el joven hasta la toma de una decisión. Este proceso ininterrumpido reporta lucidez y fuerza motivante al joven; pero lo más importante es que **posiblemente ya tiene una experiencia de Dios que le ha permitido percibir de alguna manera su llamada** (no es que esté ya clara; pero, con sus dificultades y dudas, ha tomado la primera decisión de dejarse ayudar).

La experiencia vocacional se inicia con el fenómeno que podemos denominar como «asombro»; es, pues, un proceso donde al inicio anida la perplejidad, algo singular que acontece en la persona, algo que sobreviene desde fuera, no como resultado de la iniciativa personal. Isaías experimenta una profunda sensación de plenitud (Is 6,1-5): la orla de su manto llenaba el templo, el humo lo cubría todo, la gloria llena la tierra, ¡el hombre está sobrepasado con ello! *No sabe ni cómo interpretarlo. El joven se presenta con vivencias o resonancias interiores* («luces» y «mociones» de que habla la tradición cristiana) que conviene descifrar para reconocer la voz del Señor y distinguirla de otras voces disonantes.

La presencia apremiante de Dios no es coercitiva, sino del orden de la fascinación y la atracción: «Voy a Dios, no arrastrado, sino



atraído" (Jn 6,44) por su amor. Aunque sea de forma incipiente, debe poder discernirse que es el Dios de Jesús -encarnado y comprometido-, el que atrae y no otras muchas «ganancias» que pueden imaginarse de seguir al Señor por este camino.

Por eso, una de las tareas importantes del acompañamiento hoy consiste en **servir a la persona en el lugar donde se deja encontrar por Dios**. Él es quien conoce a cada uno por su propio nombre, quien actúa en cada uno de nosotros de un modo inédito e irrepitible.

Alguien importante pronuncia o, incluso, grita con fuerza nuestro nombre. En cualquier caso, resulta innegable que todos somos llamados, es verdad, pero no todos lo somos de la misma manera.

[c] Para tomar conciencia de ello nos encontramos ante **la necesidad de trabajar la vida**

interior en la que Dios habita. No es tarea fácil. Por eso, educar la interioridad, la mirada contemplativa de la vida, y enseñar a hacer una lectura creyente de la realidad para descubrir la voz, el rostro y el rastro de Dios en la historia y en nuestra historia, constituyen retos ineludibles.

Este inicial “sentir interior” es ya una señal de llamada. El Señor hace grandes cosas con medios sencillos. Después, habrá que distinguir si existe una dinámica de autenticidad vocacional. Por una parte, la conciencia de la llamada; por otra, la presencia de motivaciones vocacionales. Aquel conjunto de fuerzas psíquicas que impulsan a actuar en coherencia con la llamada y mantienen una decisión; “qué quiero y por qué lo quiero”. Las motivaciones válidas y auténticas, junto a la conciencia de la llamada, impulsan al joven a abrazar la vocación de una manera responsable, dinámica y en constante superación.

La madurez vocacional se decide, en definitiva, por un acto de fe. Es, con todo, importante recordarlo. Solo desde aquí se mantienen unidos ciertos extremos contrapuestos: certeza de ser llamado y conciencia de la propia ineptitud; sensación de perder la vida y de encontrarla de una forma inimaginable; grandeza de las aspiraciones y peso de las propias limitaciones y miserias; gracia de Dios y naturaleza humana; Dios que llama y el llamado que responde.

El realismo de nuestros primeros sueños vocacionales puede manifestarse en esta incertidumbre, pero **un sueño fuera de lo común requiere una fe fuera de lo común.**

Una mediación respetuosa que privilegia el «encuentro personal»

[a] Una relación de acompañamiento privilegia el «encuentro personal», un instrumento al que hay que prestarle una exquisita atención. Nuestro objetivo ha de ir encaminado

no solo al conocimiento de la persona espiritual, sino también, a la integración y unificación de su historia personal. No siempre se presta atención expresa a este aspecto, que, sin embargo, resulta de enorme alcance para comprender el significado del acompañamiento vocacional.

La primera sensibilidad o atención hacia la persona es escucharla. Se nos regala en sus palabras. *El signo de esta escucha es el tiempo que dedico al joven.* No es cuestión de cantidad, sino de que “el otro sienta que mi tiempo es suyo” (Christus Vivit, 292). Debe sentir que le escucho incondicionalmente, sin ofenderme, sin escandalizarme, sin irritarme, sin cansarme.

Esta escucha es la que ejercita el Señor cuando camina junto a los discípulos de Emaús y los acompaña durante un buen rato por un camino que iba en dirección contraria a la correcta (cf. Lc 24,13-35). Despacio se llega lejos: *el acompañamiento tiene que ser personalizado y gradual, acomodado a la situación y al ritmo del joven.*

El enemigo del camino vocacional inicial es ignorar la profundidad del corazón. **Todos somos maestros del engaño**, de las “trampas del mal espíritu” (Christus Vivit, 293): compulsiones, obsesiones, reacciones desproporcionadas, heridas y grietas. Todo esto si no se trabajan en el dialogo personal, se convierten, poco a poco, en cráteres que nos impiden avanzar pues se comen todos los esfuerzos.

Hemos de ayudar a captar las oscilaciones del ‘sismógrafo interior’ del joven en el campo de *la madurez humana, la cual, como sabemos, activa o dificulta la acción de la gracia.* La preocupación de la Virgen por la formación humana de Juanito - “Hazte humilde, fuerte y robusto”-, está bien arraigada en el acompañamiento vocacional desde los primeros pasos de su camino vocacional.

Se puede decir que, en todos los sueños vocacionales auténticos, hay **algunos componentes básicos** como son: la gratitud, la apertura a lo trascendente, el preguntarse por la vida, la disponibilidad, la confianza en sí mismo y en los demás, el asombro ante la belleza, y el altruismo.

Estos componentes son, ciertamente, la base para cualquier planteamiento vocacional. Y, junto a ello, aquellos elementos que favorecen el conocimiento y aprecio de la llamada personal de Dios, de las formas de vida cristiana, así como las habilidades para llegar a elegir una de esas formas, en libertad.

En este sentido, hay que trabajar mucho *una cierta estabilidad personal sin dependencias*. La identidad es siempre un proceso ambivalente que implica muchas tensiones, pero es necesario poder gestionar la propia relación con la familia, con el dinero o con el poder. Un mínimo de autonomía física, emocional, mental y social, que permita al joven tomar decisiones concretas, elecciones conscientes y libres. Debemos acompañar estos procesos y ayudar al joven a verbalizar las inevitables tensiones, preguntas y conflictos en este campo.

[b] A este respecto, **las relaciones estructuran el itinerario vocacional**, no solo como un camino de maduración de la propia identidad humana, sino de la propia identidad de fe (el creyente, el discípulo). En el proceso de maduración vocacional de Don Bosco, algunas relaciones jugaron un papel decisivo:

- no se puede entender su vida interior sin la presencia providencial y central de Mamá Margarita, su madre, que con sencillez y decisión supo acompañar su crecimiento personal y religioso;
- su experiencia con Don Calosso, el «amigo fiel del alma» (dice en las *Memorias del Oratorio*), le ofreció la oportunidad no solo de equilibrar la tensa situación familiar, sino

que también le permitió conocer a un digno sacerdote con el que estableció una relación personal que le marcó positivamente;

- el papel de los amigos en la vida del Don Bosco adolescente y joven se asumió e integró en el proceso de formación;
- en la experiencia formativa en el Convitto (residencia sacerdotal) Don Bosco descubrió sacerdotes devotos que destacaban en la ciencia y en la devoción apostólica. Entre ellos, destaca Don Cafasso, su primer director espiritual. Este sabio sacerdote acompañó su formación, le aconsejó en los momentos de discernimiento, fue su confesor y le propuso una serie de experiencias pastorales que enriquecieron su vida;
- finalmente, todo el entramado familiar de Valdocco consistió en establecer relaciones a través de las cuales fue construyendo su ser sacerdote y su ser educador.

[c] Puede decirse asimismo que, el seminario para Don Bosco, no fue un mundo cerrado, puesto que los puntos de referencia externos, como la situación de la juventud necesitada en una sociedad herida, desempeñaron un papel cada vez más activo en el descubrimiento de su vocación. **El contacto con los jóvenes fue un momento de lucidez y gracia**. Sobre esta experiencia, podemos decir que los jóvenes le ayudaron a discernir la consistencia y la pertinencia del propio proyecto vocacional.

En conclusión, **el amor a la misión salesiana entre los jóvenes y la capacidad de amar y de darse es un criterio vocacional visible**: el compromiso gratuito por los demás, especialmente por los más pobres y abandonados, el servicio espontáneo más allá del propio bienestar o el interés por el mundo juvenil.

La sensibilización vocacional exige hoy imbuir en los jóvenes a vivir «*experiencias de*

ruptura» que les pongan en contacto con la exclusión y la vulnerabilidad. No propuestas puntuales e inconexas solamente. Son oportunidades de oro para reorientar la vida desde la fe y en clave de generosidad evangélica. El mundo de la pobreza y del dolor se convierte en un eficaz «altavoz» que hace las veces de despertador vocacional. De hecho, se ha convertido en punto neurálgico para el descubrimiento de la propia vocación: el contacto con esos mundos favorece el despertar de esa sensibilidad y el entender la vida en clave de agradecimiento y servicio.

[d] En este contexto, para conocer, comprobar y acompañar la idoneidad de un joven que acompañamos es necesario constatar **su grado de disponibilidad para aprender**. Esto significa una valoración realista de las propias capacidades y posibilidades, pero también, una disposición franca a cambiar. Una de las preguntas más importantes es: ¿desea cultivarse, está dispuesto a comprometerse en un proceso que implique dejarse desafiar? La pasividad, la falta de transparencia y una estructura de personalidad marcadamente defensiva no son las mejores actitudes. Los signos positivos, en cambio, son la flexibilidad, la creatividad y la apertura a lo nuevo, la disposición al diálogo y la reflexión sobre lo vivido.

No resulta aventurado pensar que los narcisistas -los que tienden a encerrarse en sí mismos, a preocuparse excesivamente por sí mismos y a utilizar a los demás para sus propios fines-, no están en condiciones de una respuesta vocacional gratuita y desinteresada. Es enormemente peligroso moverse por *la lógica del egocentrismo*, ese dispositivo que conlleva a la persona a regirse por el cálculo de intereses y tiene como finalidad buscar el todo y, únicamente, el mayor beneficio para sí mismo. El ego no es sólo el punto de partida sino, con frecuencia, también el punto de llegada, el rasero que mide cualquier otra realidad.

Una acción que se orienta al "discernimiento vocacional"

El discernimiento puede definirse como aquel ejercicio que nos permite encontrar sentido a los acontecimientos dispares y fragmentados de nuestra existencia. Constantemente nos enfrentamos a situaciones, acontecimientos, relaciones y percibimos que nos falta algo; no podemos entender exactamente, no encontramos respuestas, no tenemos claridad. Es precisamente esta carencia la que genera y pone en marcha el discernimiento.

El punto de partida es, por tanto, la conciencia de una falta de sentido. Esta carencia puede leerse en términos positivos como un deseo. **Emprendemos un camino de discernimiento porque deseamos encontrar una respuesta que no tenemos**. Quien pretende tenerlo todo claro o controlarlo todo, nunca dejará lugar al deseo y nunca emprenderá un camino de discernimiento.

[a] Por lo demás, este argumento se encuadra en una realidad más concreta: **el discernimiento requiere tiempo, autenticidad y paciencia**. Comprendemos así por qué el discernimiento no está de moda. La gente, incluso los jóvenes, prefieren confiar en la espontaneidad, pero la espontaneidad nunca es autenticidad. Somos auténticos cuando reconocemos los vientos que soplan en nuestro barco y decidimos cómo utilizarlos para ir a donde hemos elegido ir. Si, por el contrario, nos dejamos empujar por los vientos, sin reconocerlos o sin utilizarlos, acabaremos en playas que no hemos elegido o, incluso, chocaremos con las rocas.

No sobra recordar que, según nos enseña la parábola del trigo y la cizaña (cf. Mt 13,24-30), al principio ambas plantas se parecen, hay que esperar para ver lo que quita la vida y lo que la da. Lo mismo ocurre con nosotros: debemos mirar en nuestro interior y tomar

conciencia poco a poco de lo que viene de Dios y “la mala hierba” que no viene de Él. Pero, a un cierto punto, habrá suficiente claridad para poder decidir y ahí tenemos la responsabilidad de hacerlo.

[b] No podemos comprender el sueño de Dios para cada uno de nosotros sin entrar en diálogo con Él. A menudo, para encontrar quiénes somos, preferimos refugiarnos en lugares desconocidos y lejanos.

Si Dios es «intimior intimo meo» (Agustín), el que vive en la superficialidad no está humanamente preparado para acoger **el don gratuito de su llamada**. El activismo, el abuso de los estímulos que mortifican la capacidad de silencio y de recogimiento son algunas actitudes y conductas actuales que frenan o retardan la entrada en esa profundidad, donde Dios se descubre como el Tú que nos dirige una llamada.

En todo proceso vocacional tenemos la obligación de ofrecer espacios donde los jóvenes puedan tener *la experiencia del silencio y del encuentro con Jesucristo*. Elías (1 Reyes 19:9-14) fue, en su vida llena de celo por el Señor, como viento impetuoso y fuego devorador. Su palabra era una espada afilada. Recorrió toda la tierra donde vivía, tronando y amenazando. Había conseguido muchas cosas. Había destruido los altares de los ídolos; había conseguido que el pueblo judío volviera a vivir una auténtica experiencia religiosa; no se había detenido ni siquiera ante los poderosos. Busca a Dios para ser reconocido por él. Y Dios le desautoriza. Le dice: eres un fuego, un terremoto, un viento impetuoso. Recuerda: no estoy allí. Son tus hazañas, no las mías. Dios añade a su profeta: estoy en una brisa lícita, que tú ni siquiera notas.

Sueños, proyectos, empresas, programas y aventuras... son cosas bellas, importantes y preciosas. Representan un trozo de nosotros mismos, pero solo cuando volvemos, con

valentía, a la verdad de nosotros mismos experimentamos la presencia del Dios.

[c] Por eso sería ingenuo pensar que toda la oración es oración cristiana. La oración es una manifestación de la vida teologal, no es simplemente preparar un ambiente de iconos, de encender velas, de poner música y concentrarse o cosas por el estilo. Todo eso es de algún modo imprescindible, pero no es la sustancia de la oración. La oración es una actitud de despojo, de ir dejando que Dios sea el centro de mi vida.

Según queda dicho, es importante el diálogo con el Señor, para aprender a conocer sus tiempos, no desperdiciar las inspiraciones para el bien, o tal vez no dejar caer su invitación a crecer. En este sentido, qué importante es alcanzar una *familiaridad habitual con la Palabra viva del Evangelio*. El hambre de Dios no es cuestión de cultura bíblica. Se trata de ver la propia vida desde el punto de vista de Dios. La Palabra de Dios es siempre la fuente de todo crecimiento vocacional.



La lectura vocacional de la Palabra de Dios es fundamental. Se trata de iniciar a nuestros jóvenes en una experiencia diaria y continuada de oración personal y en grupo con la Palabra. Necesariamente deberá ser una actividad acompañada y orientada, particularmente en sus comienzos.

Con el encuentro de la Palabra se va completando la evangelización del corazón. Por eso, no basta con purificar mi interior, sino es necesario “repoblarlo” con la vida y los valores del Evangelio. ¿De qué me sirve haber leído libros de Historia del Arte si no he ido nunca a un museo, si no sé escuchar ni disfrutar una pieza de música?

4 ‘Aquí está tu campo, aquí es donde tendrás que trabajar’

El sueño de los 9 años invita a Don Bosco a una vocación vivida con pasión, sin escatimar esfuerzos y sin cálculos; el apego y la dedicación del educador-pastor a su pueblo **no se mide por respuestas rápidas** (“no con goles”), sino que está **ligada al afecto con el que uno se vincula a las personas** (“sino con amor”).

Los jóvenes son soñadores entusiastas. De hecho, son soñadores por excelencia. Y nosotros tenemos el deber de despertar en ellos esta capacidad. Para ello, soñar hoy con un futuro positivo requiere *una buena dosis de esperanza lúcida y efectiva*, ingredientes cada vez más difíciles de encontrar en nuestro entorno. En otras palabras, los sueños deben convertirse en proyectos, porque si siguen siendo sueños, decepcionan.

Ser llamado es la premisa para ser enviado y conduce hacia allí irremediablemente. Entre otros casos, fijémonos en la historia de Jonás, tal como se cuenta en su breve librito de 4 capítulos. Una historia apasionante y llena de sorpresas (la tempestad, el pez que se come a Jonás, el ricino que se seca). Es una novela didáctica, un relato parabólico, pero también un icono: estamos llamados a releer nuestra propia vida a la luz de esta parábola particularmente provocadora en los primeros momentos del sueño vocacional.

Jonás es un hombre desorientado, desconcertado y lleno de miedos. Dios le muestra sus errores de perspectiva; especialmente al pensarse a sí mismo sin los demás, sin ampliar su mirada a la gran ciudad. Solo en el horizonte del cuidado de los alejados adquiere sentido y valor la propia vocación, sólo en el horizonte de la vocación humana adquiere sentido y valor la propia vocación.

Nuestros jóvenes están allí, en la puerta de la ciudad de Nínive, para entrar con pasión y solidaridad, compañeros de la vocación de todos los hombres, o permanecer a la espera de quién sabe para qué.

La actitud de “salida” debe entenderse como una inquietud que el Espíritu Santo pone en quienes han sido llamados a dejar atrás seguridades. Es la llamada a sacudirse del polvo que se ha pegado a nuestros pies y que no forma parte de la esencia de la misión a la que somos convocados. *Mirar la belleza del cielo sin perder la mirada fija en el suelo.*